

Melocotón

Agitaba sus hombros al compás de la música: una gracia envidiable. Su cuerpo se balanceaba adelante y atrás. Ladeó su cabeza insinuante hacia mí. Bajó la mirada y acarició la cara interior de mi muslo. Un escalofrío impaciente subió hasta mi ingle. Intenté disimular la respiración agitada. Me giré hacia ella. Sus pechos también bailaban al compás de la música, pequeños y firmes. Imaginaba un pezón escapándose de su escote. De color melocotón, como su pelo. Me apretó contra su pierna. Yo le susurré al oído.

- ¿No puedes deshacerte de tu novio esta noche?

Cuando no era trabajo, era Diego, su eterno novio. Siempre hablaba de Diego. Yo me comía su cuerpo, todo él, con la mirada. Sabía a melocotón, como su pelo. Mientras, ella me daba largas, “ya he quedado con Diego, mi novio”, “el viernes salgo tarde de trabajar”, “es que me voy de fin de semana con Diego”. Maldito Diego de las narices. Mi yo seductor anulado de antemano por la presencia invisible de ese tío. Pero arranqué de su tiempo un par de cafés.

Cuando no eran las manos de Diego, era la polla de Diego. Siempre Diego. Yo sorbía en mi café sus labios carnosos y suaves. Aroma de melocotón, como su pelo. Mientras, ella me confiaba sus secretos, “me gusta hablar contigo, así, sin pelos en la lengua”. Maldita polla de Diego. Trece relatos de las proezas de su

gran y amada verga me apartaban de ella. Pero al fin, regalo merecido, una cena para dos.

Nada romántico, la amistad no da para esos lujos. Una velada encantadora repleta de sexo oral. El falo de Diego, protagonista. Y yo, con mi niña de melocotón, mojándome los pantalones, llegando al conformismo al imaginarla comiéndose a Diego. Sentía su calor entre mis piernas y me incomodaba la humedad y la hinchazón. Todo era color melocotón, como su pelo. Mientras, ella le pedía la cuenta al camarero.

- Diego viene a recogerme enseguida. He quedado con él.

Diego, Diego, Diego... Se levantó de la mesa. Yo salí detrás de ella. Culito de melocotón. Quise morder. Me contuve. Diego estaba en la acera de enfrente con un amigo, apoyados en un coche. Mis ojos dejaron a la niña para buscar en la entrepierna de esos dos desconocidos. El de la derecha era Diego, sin duda. En un segundo su polla había nublado mi mente. Entraba y salía palpitando entre esos labios que yo no conseguía besar... Era demasiado para mí. Agarré a mis deseos del brazo antes de que alcanzara a Diego y le dije:

- Quiero follarte.

Ella paró en seco. Me miraba sin sorpresa. Se zafó de mí y cogió con suavidad mi mano arrastrándome hasta el coche con decisión.

- Diego, ¿te importa que acerquemos a Eva a su casa?

Diego miró a su amigo y éste asintió sonriéndome. Subimos a la parte de atrás del coche y con el motor de arranque comenzó la música.

Ella acercó su boca caliente a mi oído.

- Esta noche no...

- Sí, esta noche. Sube a mi casa.

Su mano se acercaba despacio. Me costaba controlar el aliento. Mantenía las manos quietas sobre el asiento del coche mientras ella bailaba. Diego miraba por el retrovisor. Parecía desconcertado. Yo reía. Jódete Diego. Tú y tu polla. Mi deseo se había convertido en venganza. Diego se volvió bruscamente.

- ¿En qué número de la calle Alcalá vives?

- A la altura de metro Canillejas.

- Uff, ¿te importa si te dejamos un poco antes...?

Qué cabrón: me habías olido. Pero ese día tu falo no llevaba las de ganar. A mi dulce de melocotón le apetecía otro comer.

- Ni hablar. Dejamos a Eva en casa que es muy tarde. Y de paso subo al baño que me estoy meando.

Diego miró al frente resignado y yo arrastré la mano impúdica hasta el coño de mi niña. Candente como el mío. Me apartó bruscamente y me pidió paciencia con la mirada.

Unos minutos después bajamos del coche.

- Esperadme que no tardo.

Cerró de un portazo y desaparecimos en el portal de mi casa.

Subió las escaleras delante de mí. Cómo olía a melocotón. Sus caderas se movían sinuosas y yo esperé tres escalones por debajo. Su gracia me

quemaba entre las piernas. Casi no podía andar. Las rodillas me temblaban. Mi lengua moría por saborearla, toda ella, de arriba abajo. Se volvió sonriente.

- ¿Dónde?

- 1º A.

Paró en la puerta. Mis labios hinchidos iban a estallar. El pantalón me resultaba muy molesto. Metí allí mismo la mano y alivié un poco la hinchazón acariciándome. Ella me imitó mojándose antes los dedos. Los chupó concienzudamente. Acerqué mi otra mano para retirar un hilillo de saliva que había quedado en las comisuras y la besó con suavidad. Terciopelo de melocotón.

Quemaba tanto que dolía. La urgencia abrió la puerta y empujó a mi niña dentro de casa. Me abalancé sobre ella y me introduje tan profundo en su boca. Caliente y dulce. Aliento de melocotón. Ella gimió y me apartó para volver a mí despacio y suave. Mis manos seguían su cintura y subían hasta sus pequeños pechos. Sus pezones se endurecieron con mi tacto. Desnudé su torso y me quité la camisa. Bajé con mi lengua hasta ellos y los recorrí húmedos. Su respiración era agitada. Acerqué mis pechos a los suyos y los presioné hasta notar su dureza contra la mía.

Estaba hambrienta. Tenía sed de melocotón. Volvió mi lengua a dibujar sus senos y bajó a su vientre. Ella enredaba sus manos en mi cabello. Arrastré su tanga con mis dedos y sonreí satisfecha: su coño era de melocotón, como su pelo. La respiración se hacía más profunda. Esta boca ardía. Sus labios palpitaban y yo sentía en mi lengua el calor que me atravesaba como una

corriente hasta alcanzar los míos. Me quité torpemente el pantalón mientras lamía con ansiedad. Ella jugaba con mi pelo con la mirada perdida en el techo y ahogando gemidos. Aparté mis bragas con los dedos y los metí dentro de mí. Me sabían a poco... Pero ella sabía tanto. Siempre me ha gustado el melocotón, todo él. Mi lengua saboreaba cada milímetro. Su jugo hervía, y me quemó la garganta cuando ahogó un grito y la tensión paralizó su cuerpo. Lo quería todo y me metí tan profundo como pude sintiendo las contracciones en mi lengua. Se relajó y relamí en mis labios mi melocotón.

Con la respiración entrecortada me besó los labios tímidamente. Acariciando mis pezones con delicadeza se acercó a mi oído.

- Ahora tú.

Suspiré dejando mi aliento en su cuello. Ella bajó sus manos por mi espalda y me agarró con fuerza las caderas. Mis rodillas volvían a temblar. Mi niña de melocotón, la urgencia otra vez. Ahora yo... Le esperaba ansiosa. Me agarró con fuerza y me empujó contra ella. Contra sus caderas sinuosas. Contra su piel, contra su coñito de melocotón. Cerré los ojos y sentí... Sentí su vientre plano contra el mío. Sentí hueco. Sentí vacío entre mis piernas... Sentí cómo la polla de Diego nublaba mi mente.